

## EL LENGUAJE

Dante Sandrigo-Escuela Normal Superior N° 2 “Juan María Gutiérrez” Provincial N° 35

### Resumen

No existe uniformidad acerca del origen del lenguaje. No hay definición sobre *la prevalencia del pensamiento para la construcción de un lenguaje*, o de la *necesidad de un lenguaje para construir pensamientos*.

Habitualmente pensamiento y lenguaje parecen ir juntos y en una relación unívoca que parece dejarlos en una uniformidad inmodificable. Existen, sin embargo, pensamientos que son intraducibles o inmanifestables a través del lenguaje, pensamientos para los que las palabras del lenguaje no alcanzan, y ese elemento tan simple demuestra que *lenguaje y pensamiento se desplazan por órbitas separadas*. Es muy cierto que esas órbitas están próximas y generalmente se entrecruzan, pero *habiendo al menos una instancia en la que se escinden*, podemos afirmar que el pensamiento precede al lenguaje. Esto significa que sin lenguaje es posible tener pensamientos.

El lenguaje no nace conmigo, no está en mí, sino que lo adquiero. Si bien es inevitable utilizarlo porque no hay modo posible de eludir los signos del lenguaje, la conciencia no lo necesita ni para existir ni para ser. En ese aspecto el pensamiento no me funda, no me da el ‘yo’, sino que ese reconocimiento ya está implícito en la persona y es previo al lenguaje.

## El lenguaje

### Introducción

No existe uniformidad acerca del origen del lenguaje, y parte de la incógnita gira en torno a definir sobre *la prevalencia del pensamiento para la construcción de un lenguaje*, o de la *necesidad de un lenguaje para construir pensamientos*.

Habitualmente pensamiento y lenguaje parecen ir juntos y en una relación unívoca que parece dejarlos en una uniformidad inmodificable. Existen, sin embargo, pensamientos que son intraducibles o inmanifestables a través del lenguaje, pensamientos para los que las palabras del lenguaje no alcanzan, y ese elemento tan simple demuestra que *lenguaje y pensamiento se desplazan por órbitas separadas*. Es muy cierto que esas órbitas están próximas y generalmente se entrecruzan, pero *habiendo al menos una instancia en la que se escinden*, podemos afirmar que el pensamiento precede al lenguaje. Esto significa que sin lenguaje es posible tener pensamientos. Claro que su estructura será diferente y que los marcos de referencia serán otros y ya no las palabras, pero la estructura cerebral puede desarrollarse y mantenerse en el mundo sin el lenguaje sin que por ello deba pensarse en un estadio primitivo, cuasi animal, elemental o instintivo.

La imposibilidad de transcribir en palabras los pensamientos se manifiesta en las sensaciones. Lo que sucede en el cerebro no es comunicable. La lengua nos permite hacer una aproximación para transmitirla al Otro, que a través de la convención del lenguaje podrá saber y entender lo que manifestamos, pero la estricta sensación de la emoción nunca podrá traducirse. Nos referimos al menos a emociones como el amor, como la visión de alguna acción de nuestros hijos, como el miedo, o como ese cúmulo de sensaciones indescriptibles que acompañan al orgasmo. Se puede transmitir la idea, pero no la completa sensación. De esta manera, el Otro no puede captar lo que nos sucede, pero no por eso nosotros dejamos de entender con claridad lo que nos sucede internamente. Lo único que pasa es que el lenguaje no tiene los elementos (vocablos, fonemas, sintaxis, gramáticas) que alcancen a hacer la transmisión de esa manifestación interior. En el ámbito de la consciencia individual, sin embargo, hay una comprensión directa del significado de esas sensaciones sin necesidad de la mediación del lenguaje, lo que viene a afirmar que pensamiento y lenguaje van por carriles diferentes.

Por una convención académica, aceptaremos llamar *Lenguaje* a lo que en general debería llamarse *Lengua*.

## **Desarrollo**

Imaginemos conjeturalmente a un hombre primitivo, previo al lenguaje. Nada sabemos de lo que sucede en su cerebro, pero irá incorporando todos los datos sensitivos, y luego irá haciendo una relación de causas-efecto. En esa primera instancia el empirismo es fundante. La presencia del *otro* le produce alguna 'reflexión' (tolérese este término) existencial porque luego de haberse percibido a sí mismo, ve que el otro es *otro que no soy yo*, por lo que, aunque primaria y elemental, debió surgir la idea de *ser*. Pero la presencia del otro también lo obliga a la relación expresiva, y en esa instancia es inevitable formular alguna noción verbal, por lo que debieron surgir los sonidos con sentido: ante el mismo sonido, la misma intención. La formulación de un sonido y su unión a un determinado sentido requieren un esfuerzo en el nivel cerebral, pero que produce un encadenamiento causal de auto-alimentación.

El lenguaje puede haber comenzado entonces con interjecciones y sonidos guturales, naturales, sonidos de asombro, de dolor, de advertencia, pero, ¿cómo llegó desde esa forma tan elemental a la formulación de un verbo? El verbo en sí mismo implica una complejidad por la que, para elaborar la idea de verbo, es necesaria alguna forma de razonamiento o de pensamiento. Una persona elemental y primitiva para indicarle algo a alguien como 'seguí a ese animal', 'vení', 'vamos', puede haber tenido una primaria intención sin tener la noción de lo que significan como acción y sin haber tenido aún una palabra y una forma gramatical para expresarla. Así, no puede aceptarse que de sonidos 'naturales' espontáneos, se derive evolutivamente hacia formas complejas elaboradas como pensamiento, porque, precisamente, para elaborar esa noción es necesario el pensamiento. Es posible que exista en el cerebro y previo al lenguaje una noción de 'acción' por la que luego se le pone el nombre a un verbo. De ser así, el pensamiento es previo al lenguaje, y el lenguaje, en todo caso, fue una herramienta que le permitió el desarrollo cada vez más veloz. Una incorporación del lenguaje implicaba muchas otras formas de pensamiento y una creciente complejidad. A medida en que aumentó la complejidad, el cerebro fue desarrollando aptitudes y capacidades para las que no ha

encontrado aún el límite, y todo eso a partir de la utilización del lenguaje, pero previamente tuvo que haber existido alguna forma, aunque primitiva, de pensamiento.

Cuando hablamos de lenguaje nos referimos específicamente a la lengua, al habla, pero también a la serie registrada y no registrada de ademanes, de gestos, de entonaciones, de miradas y de acentuaciones que le dan una determinada carga de sentido a la comunicación, y que es, en todo su conjunto, el modo de contacto entre yo y el otro en el mundo exterior, pero también conmigo mismo en el interior de la consciencia.

El lenguaje es un pacto que se acepta inevitablemente y del que no se puede prescindir en la relación social. Cada vez que estoy frente a otro aparece el lenguaje y se impone con todas sus reglas. Hasta las miradas y los gestos tienen una carga de significado del que no podemos salir mientras entablamos una relación con el otro. Tenemos vedada la posibilidad de hacer un uso arbitrario del lenguaje mientras estamos en el mundo exterior o entablado una relación con otro porque de inmediato la comunicación se interrumpe. Romper las reglas del convenio del lenguaje es colocarse afuera de la relación con el otro, porque sólo valen las normas pactadas que ya asignaron previamente una significación a cada fenómeno del mundo. Dar una significación propia a cada hecho del mundo aportando un símbolo que sólo es individual provoca un caos que rompe el pacto que está implícito en la relación con el otro. Las palabras de la lengua ya tienen un significado sabido y aceptado por todos, y que se impone sí o sí en el ámbito de la realidad convencional colectiva, en la que no valen las expresiones de la realidad individual única. Lo mismo ocurre con todos los símbolos del lenguaje como los gestos, los ademanes, las entonaciones, las señales, los dibujos y toda aquella simbología puesta a rodar en la masa.

Es en mi conciencia en donde encuentro la libertad neta para asignar significados específicos. La significación que le doy yo y para mí a cualquier fenómeno es absolutamente mía y libre. Es también absolutamente válida esa significación porque es para mí, y ni el mundo ni los otros tienen potestad para intervenir.

Nacemos sin el lenguaje (aunque sabemos que muchos afirman que el lenguaje ya está dentro de mí), pero lo incorporamos de manera inmediata, casi al unísono con nuestra presencia en el mundo. Previa al lenguaje hay una percepción de la conciencia de reconocerse como 'yo' y de percibir que soy, pero es imposible que teorizamos sobre esto

porque no pasaríamos de elaborar suposiciones inciertas, ya que inevitablemente nacemos con el lenguaje, casi dentro del lenguaje mismo, y pensar a la Persona Humana sin lenguaje es un ejercicio de fantasía, como pensar el infinito, dimensiones que no están dentro de nuestras posibilidades. Sí podemos decir que el lenguaje no está en mí sino en el mundo exterior. Forma parte de la convención de lo real, de aquello que aceptamos como válido. Es más, el lenguaje es el elemento principal de esa convención porque es la herramienta de comunicación y de contacto entre yo y los otros, y a partir de su flujo es que podemos ponernos de acuerdo para aceptar el significado que le adjudicamos a los fenómenos y a las manifestaciones del mundo.

El lenguaje, como mi cuerpo, está fuera de mí, es exterior a mí. Al salir al mundo yo no lo puedo aprehender para quedármelo como algo mío y sólo para mí. En ese acto, es todo para afuera, es siempre para otro. Mientras hablo, me expreso, me muevo, yo no me veo a mí mismo como un 'otro', como el mundo me ve. El ejercicio de expresarme, el del lenguaje, y el cuerpo mismo, son un movimiento a ciegas, un salto al vacío. Nunca podré saber qué significo, ya que esa significación la elabora y la construye el otro. Es decir que la interpretación de mí mismo está fuera de mí. Al menos la interpretación que el mundo puede realizar de mí, ya que tengo siempre la posibilidad de verme a mí mismo pero no ya desde el exterior ni del mismo modo.

Esa convicción, es decir, saber que lo que hago no es para mí (al no verla, la imagen de mí mismo no me pertenece en el sentido de verme y de construir un significado para mí mismo. En ese aspecto, mis actos se dan a ciegas), ni que puedo tener la seguridad de lo que hago y de cómo los demás lo aprehenden y lo significan, me produce una sensación de soledad y de angustia. A partir de allí surge la inseguridad sobre mí mismo y el cuestionamiento de mi actitud ante el mundo.

En mi relación con el mundo y con los otros pierdo libertad, porque ya nada depende sólo de mí, como ocurre en mi conciencia. Al mismo tiempo queda tan evidenciada la diferencia con el otro, es decir el otro es otro que no soy yo, que inevitablemente experimento una tendencia a la soledad. Y estar solo en el mundo genera angustia. (Utilizar un término tan cargado de simbolismo por parte de la psicología como 'angustia' puede acarrear ciertas confusiones, pero en todo caso pueden utilizarse los términos 'desazón', 'preocupación', 'incertidumbre' y todo lo que refiera a una inquieta intranquilidad o desequilibrio emocional).

No se trata de negar la importancia del otro a mi lado que me aporta bienestar con su afecto y con su amor (así nos diferenciamos claramente de quienes ven en el otro a alguien que quiere agredirme, eliminarme, dominarme) sino de marcar la contundencia de la soledad. Toda relación con el otro y con el mundo finaliza en algún momento, y vuelvo a encontrarme conmigo en el interior de mi conciencia, es decir, solo.

El lenguaje mismo, ese maravilloso complejo de relación de ideas y de significantes, se convierte en un corsé, en una limitación para el entendimiento, para la comprensión del Universo y para la aprehensión de su ley general. No está en el lenguaje ningún elemento propio de la existencia en sí misma. Mientras la herramienta básica siga siendo la razón, no hay ni una sola posibilidad de que la Persona Humana comprenda y se comprenda a sí misma en el todo básico en el que está inserta. Para poder tener una interacción consigo misma y con el Universo en general (que en definitiva son una y la misma cosa), la Persona Humana debe salir del lenguaje y de la razón. A pesar de que uso el lenguaje dentro de mi propia conciencia y para mí mismo, como Persona Humana en estado puro debo prescindir de él.

El lenguaje es una construcción colectiva con una rigidez inmodificable (se le pueden incorporar modificaciones pero siempre utilizando sus propios elementos), con valores asignados a cada cosa, con herramientas y elementos determinados, y con un proceso de evolución y retroalimentación. Van fijándose nuevas normas y elementos pero siempre tomados del conjunto del lenguaje mismo, como un río que vuelca sus aguas en su mismo cauce. En ese sentido es similar a la matemática, otro lenguaje, y también la ciencia tiene un comportamiento que se le parece.

La ciencia puede medirse a sí misma porque inventó un lenguaje y se vale por sus propias reglas. Puede verificar si las cosas son o no son según ella misma. Al tratar de entender, comprender, asir, asimilar el fenómeno de la vida, de la existencia y de la no existencia con los elementos y las reglas de la ciencia, se comete un error porque precisamente están fuera del ámbito de la ciencia. La existencia, la no existencia y el acto de ser tienen un comportamiento y un modo que no es verificable ni medible. Se trata de vivencias, y hasta es difícil explicarlo. La Persona Humana simplemente es, y al no ser 'esto' ni aquella cosa' se sale del alcance de la ciencia y de la lengua misma.

Para realizar la primera actividad de la conciencia, la de reconocerse a sí misma, la Persona Humana utiliza el lenguaje propio intransferible. En ese instante no hay palabras porque todavía no salió al mundo, en donde adquiere el lenguaje y sobre todo las palabras. Al no estar aún las palabras, tampoco estará el pensamiento en su forma convencional, es decir como una estructura de palabras organizadas según una sintaxis, por lo que esa primera sensación no se puede explicar, y cuanto más, no tenemos otra manera de referirnos a ese acto como una 'vivencia'. Debemos tolerar esta contradicción en la que nos hallamos, la de ponerle palabras a lo que se da en un ámbito en donde no las hay.

Una vez que entramos en el mundo, ya no hay forma de huir de él, porque lo primero que incorporamos es el lenguaje que está en el mundo. A partir de allí todos nuestros actos dejan de ser espontáneos y originales porque los pensamos (creamos esos actos) con las palabras que gentilmente nos provee el mundo. Es decir que ya no hay elementos absolutamente nuestros para pensar, y el acto del pensamiento es el que nos da la comunicación primaria con el mundo. Lo que sí preservamos, es la posibilidad ilimitada de combinar a nuestro arbitrio en procesos de significación, todos los elementos del lenguaje. La poesía nos brinda el ejemplo de cómo utilizar la lengua convencional, ya acordada en el consenso social para formular un nuevo modo que nos permite realizar significaciones diferentes y propias. Se utiliza la sintaxis de una manera particular, fuera de las normas clásicas pero sin perder el sentido, y se utilizan también las palabras, las de todos, las que ya tienen asignado un significado, con una significación diferente, también propia, que abre una perspectiva única, no consensuada pero con una estructura que apenas se asoma por fuera de ese consenso, pero con la suficiente libertad como para generar un hecho nuevo, propio del hablante, es decir del individuo, que así genera una comunicación de su conciencia utilizando el elemento común, la lengua, pero en un uso exclusivo privado.

Existen un estado y una relación mía conmigo, es decir de mí para mí, que es elemental, primaria, pero que no puedo describir. La intimidad de ese acto es individual y cada uno tiene la suya, pero sin embargo es intransferible. No hay palabras en el lenguaje para designar algo tan común como que les pasa a todos, porque precisamente es inefable. Para comprenderlo debemos pedir una pequeña licencia y decir que es una vivencia, una

sensación, una percepción, pero lo cierto es que esa vivencia está fuera de las palabras, siendo un acto innombrable. Esa es otra de las contradicciones con que nos encontramos.

La neuro-ciencia no puede aportar certezas sobre el origen del lenguaje analizando las zonas físicas del cerebro porque siempre lo hará sobre cerebros actuales, es decir ya evolucionados, e ignorará la real composición de cerebro previo al lenguaje. El desarrollo principal del cerebro operó por el desarrollo del lenguaje, así es que siempre se estará conociendo el resultado pero no la causa.

## **Conclusión**

Existen pensamientos que son intraducibles o inmanifestables a través del lenguaje, pensamientos para los que las palabras del lenguaje no alcanzan, y ese elemento tan simple demuestra que *lenguaje y pensamiento se desplazan por órbitas separadas*. Esto significa que sin lenguaje es posible tener pensamientos.

El lenguaje no nace conmigo, sino que se da inmediatamente a mi aparición en el mundo. No está en mí, sino que lo adquiero. Pero con ese acto exterior a mí es que elaboro los pensamientos, fondo y constitución de mí mismo o de mi pensamiento en el ámbito de la convención de lo real. Aunque el lenguaje es para el uso exterior, para entrar al mundo y comunicarme con los otros, yo utilizo el lenguaje para mí mismo en el interior de mi conciencia. Si bien es inevitable hacerlo porque no hay modo posible de eludir los signos del lenguaje, ya los incorporamos, la conciencia no los necesita ni para existir ni para ser. En ese aspecto el pensamiento no me funda, no me da el 'yo', sino que ese reconocimiento ya está implícito en la persona y es previo al lenguaje. Para esa comprensión existe un lenguaje propio que puede prescindir de las lenguas o de las palabras, y que es intransferible, único e impenetrable y se desarrolla en el ámbito de la conciencia individual.